

eduardo galeano/luis de horna

# LA PIEDRA ARDE



lóguez ediciones

5.<sup>a</sup>  
Edición

Eduardo Galeano

# LA PIEDRA ARDE

Ilustraciones de Luis de Horna

Quinta edición: diciembre de 1993

© Lóguez Ediciones

Ctra. de Madrid, 90. Santa Marta. Salamanca

Maqueta: Luis de Horna

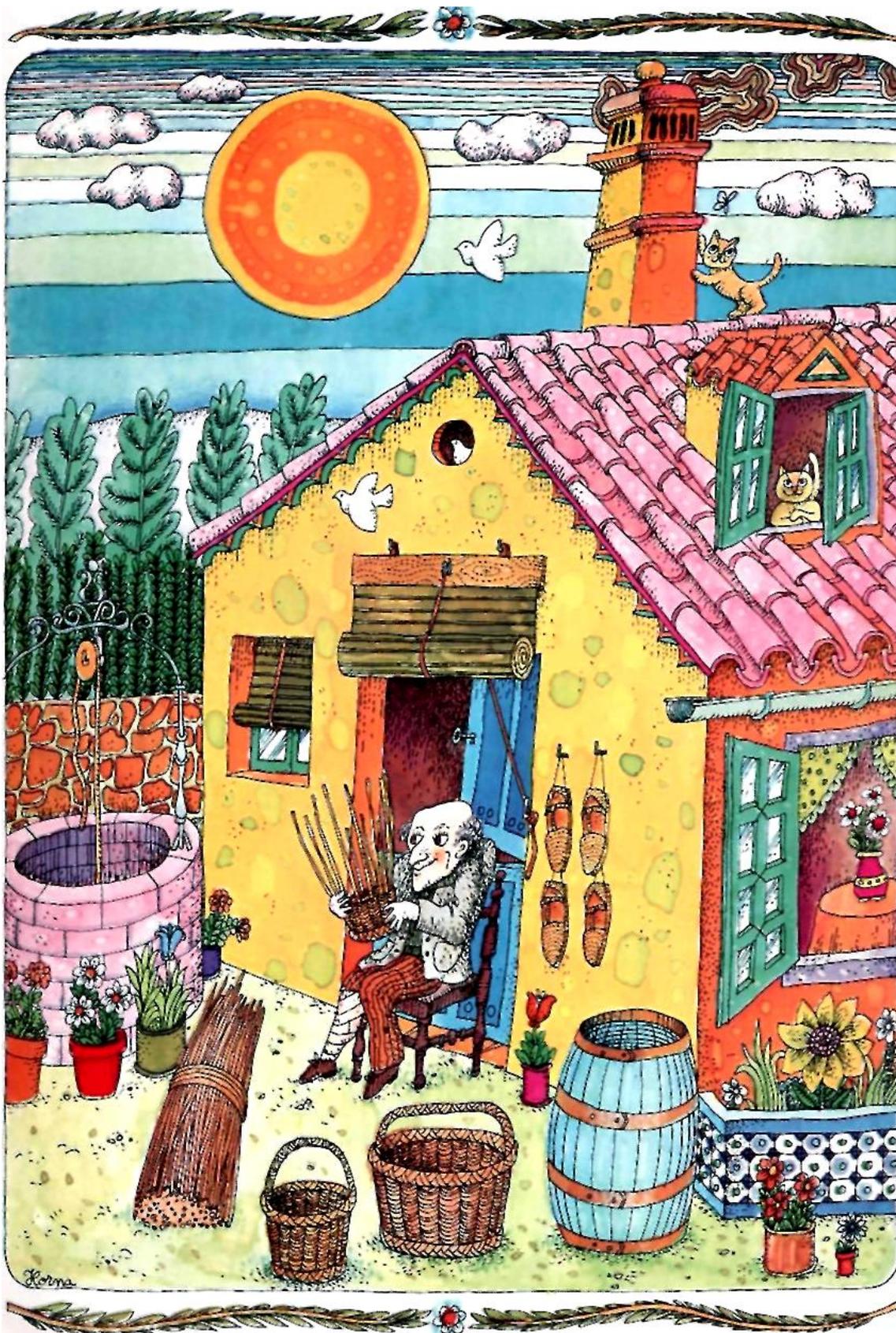
ISBN: 84-85334-07-8

Depósito legal: S. 781-1993

Printed in Spain: Josmar. S. A.

Polígono El Montalvo – Salamanca

Edición digital: Adrastea, Agosto 2008



En la comarca de Pueblo Niebla vivía un viejo sólito y solo.

El viejo hacía cestas de mimbre y zapatillas de cáñamo. Las regalaba a los vecinos y se ofendía si querían pagarle. Él se ganaba la vida como guardián de los huertos.

El viejo había venido de un lugar muy lejano y nunca hablaba de su vida.

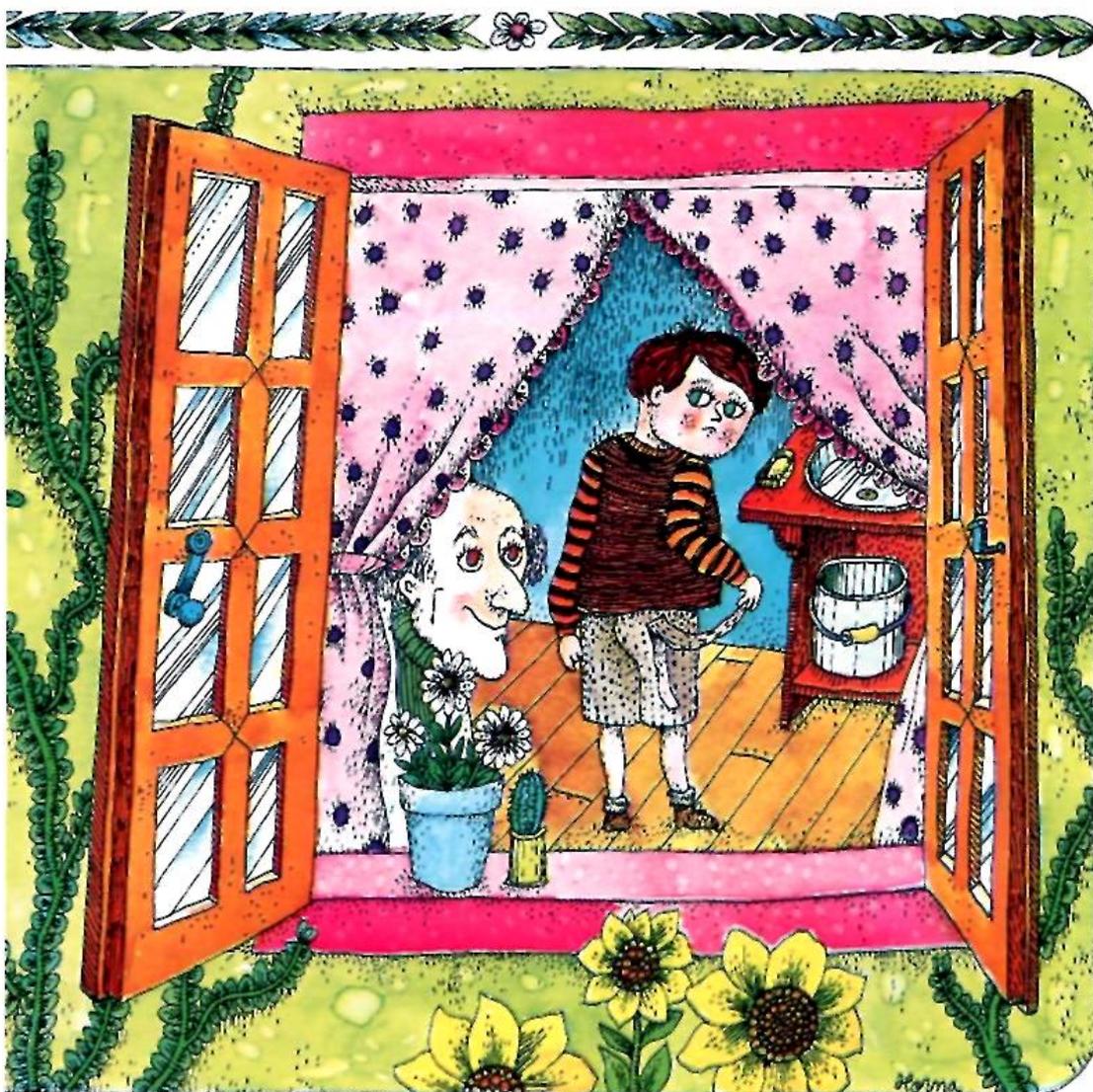
Nadie se animaba a preguntarle: «¿Siempre fuiste tan viejo?», ni a preguntarle: «¿Siempre fuiste tan feo?».

El viejo andaba encorvado y cojeaba de una pierna. Era muy blanco el poco pelo que le quedaba. Una cicatriz le atravesaba la mejilla. Tenía la nariz torcida y cuando se reía abría una ventana, porque le faltaban los dientes de arriba.



Una noche de otoño, un niño llamado Carasucia saltó la tapia de un huerto. Iba a robar manzanas.

Carasucia no tuvo suerte. Cuando estaba por escapar, resbaló y quedó colgado de un clavo de la tapia. Las manzanas rodaron por el suelo. Carasucia cayó sobre un matorral lleno de espinas. Gritó.



El viejo guardián no le azotó el culo con ortigas. Tampoco lo denunció ante la madre. Un jirón de tela colgaba, como un rabo de oveja, del pantalón roto de Carasucia. El viejo guardián ni siquiera lo regañó. Meneó la cabeza, gruñó, le lavó los arañazos de los brazos y las piernas y acompañó a Carasucia hasta la puerta de su casa sin decir una palabra.



Pocos días después, Carasucia se perdió en el bosque. Caminaba y caminaba y por más que caminaba no podía encontrar la salida.

El techo de árboles apenas dejaba ver el cielo. Carasucia marchaba enredándose en los ramajes y chapoteando en el barro, cuando vio una piedra brillante. La piedra brillaba aunque estaba cubierta de musgo y de barro. Muerto de cansancio, Carasucia se sentó en la piedra. O quiso sentarse, mejor dicho, porque no bien apoyó el trasero, pegó un salto y lanzó un grito de dolor. ¡Pobre Carasucia! Pocos días antes, había caído sobre las espinas del matorral. Ahora, se había sentado en el aguijón de una avispa.

Pero no. No había ninguna avispa. La culpa era de la piedra, que quemaba como carbón encendido.

Hecho una furia, Carasucia la pateó.



Cuando el zapato raspó la piedra, unas pequeñas letras aparecieron. La boca de Carasucia quedó como una O.

Entonces Carasucia, que era un niño curioso, restregó la piedra con una rama. La piedra ardiente daba cada vez más luz mientras Carasucia le iba quitando el barro y el musgo.

Por fin, Carasucia pudo leer estas palabras en la piedra desnuda:

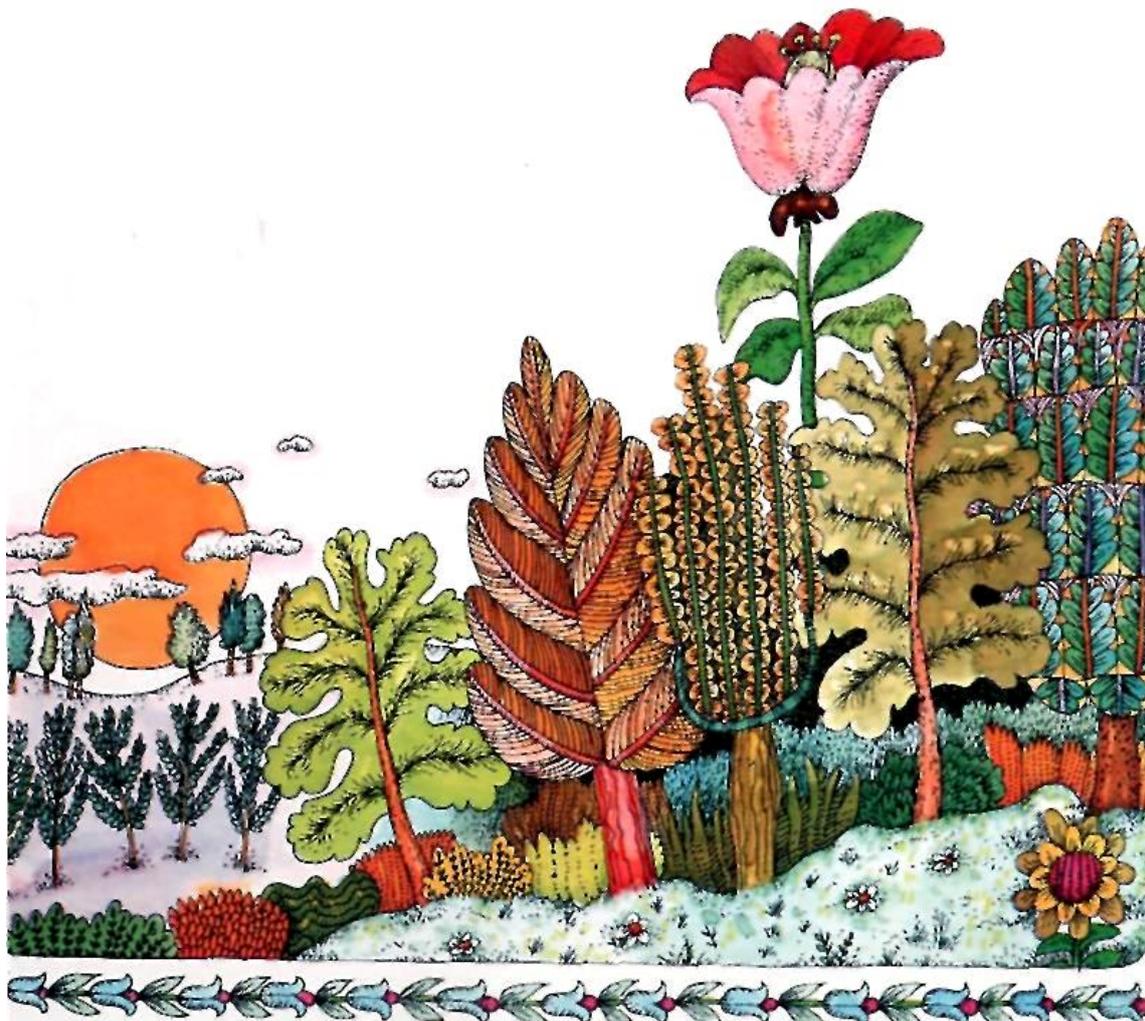
*Joven serás, si eres viejito,  
partiéndome en pedacitos.*





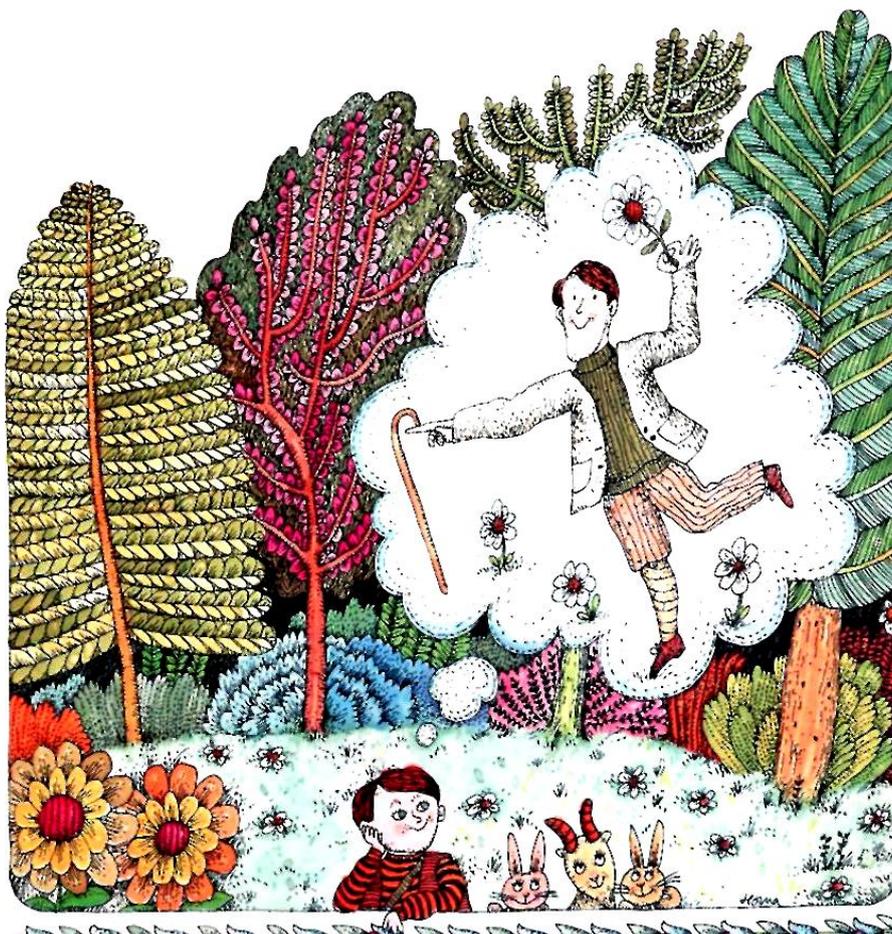
Carasucia, que no era viejito, pensó: «Si parto la piedra, ¿qué? Seré un bebé de pecho y no sabré caminar. ¿Y después? ¡Ah, no! ¡Eso sí que no! ¡Tendré que empezar la escuela de nuevo! ¡Al primer

curso otra vez!». Y también pensó: «¡Qué mala suerte! ¡Encuentro una piedra mágica y no me sirve para nada!».



Entonces recordó al viejo guardián del huerto, que había sido bueno con él y era bueno con todos los demás.

¡El viejo bailará como un trompo y saltará como una pulga y volará como un pájaro! ¡No volverá a toser! ¡Tendrá las piernas sanas y una cara sin tajos y una boca con todos los dientes!



Con tan asombroso descubrimiento, Carasucia había olvidado su situación. «Es muy tarde», descubrió de pronto, y sintió miedo.

Para darse coraje, habló en voz alta. Al escuchar su propia voz, sintió menos miedo. Hablar en voz alta ayuda mucho cuando uno está perdido y solo y siente miedo. Carasucia dijo:

—Ahora, tengo que volver.

Y se preguntó:

—Y después, ¿cómo haré para encontrar la piedra?

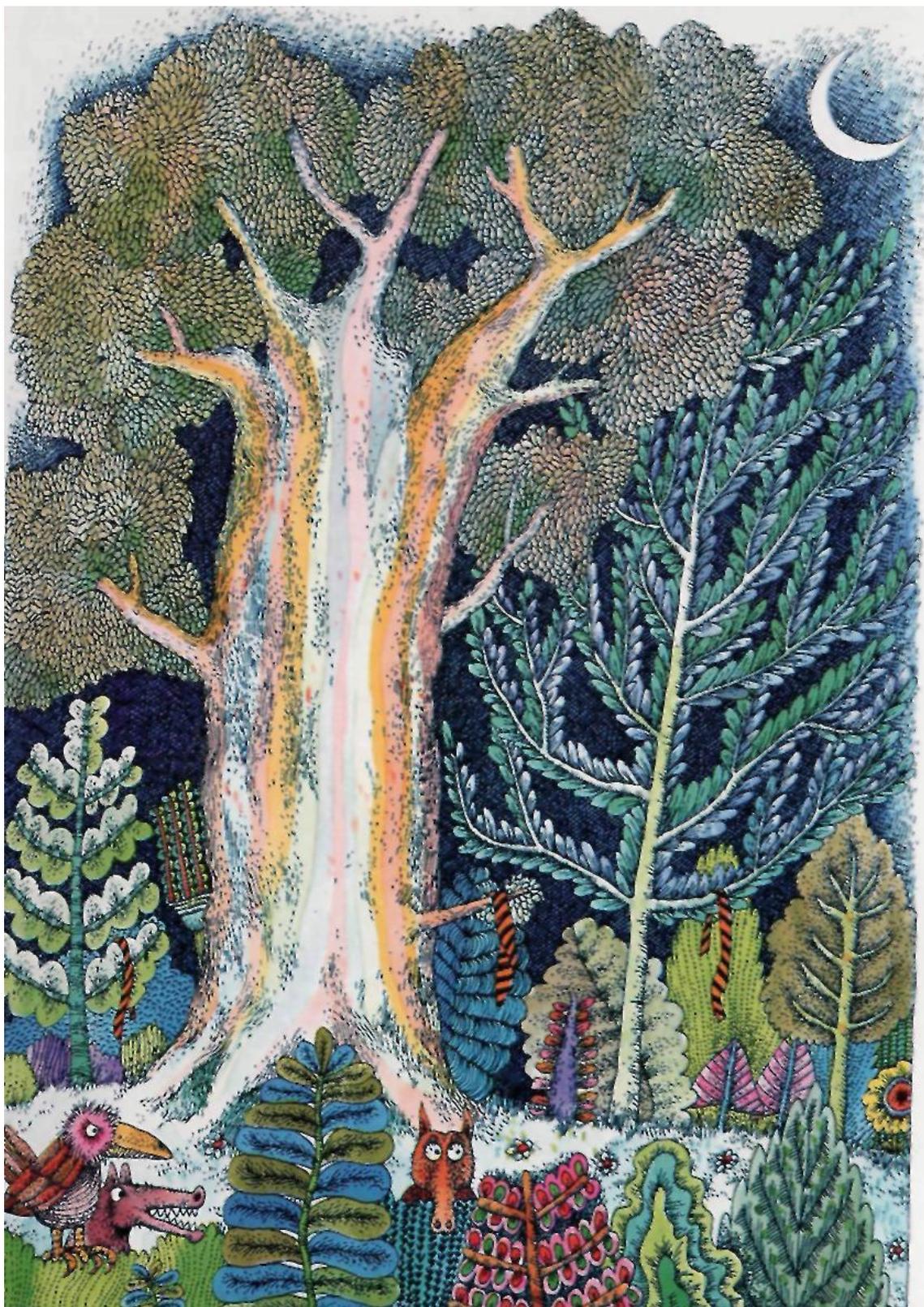
Y se respondió:

—Voy a dejar señales en el camino.

Carasucia se sacó la camisa y la desgarró en tiritas.

Exploró un camino de salida. Cada pocos pasos, iba dejando una tirita de tela colgada de los árboles. Caminaba a los tropezones y muy lentamente, porque el bosque estaba bastante oscuro y enemigo.





Pero ese camino no servía y Carasucia lo desanduvo y volvió a la piedra ardiente.

Intentó otro camino, que tampoco servía.

A Carasucia le temblaban las rodillas y él decía, en voz alta:

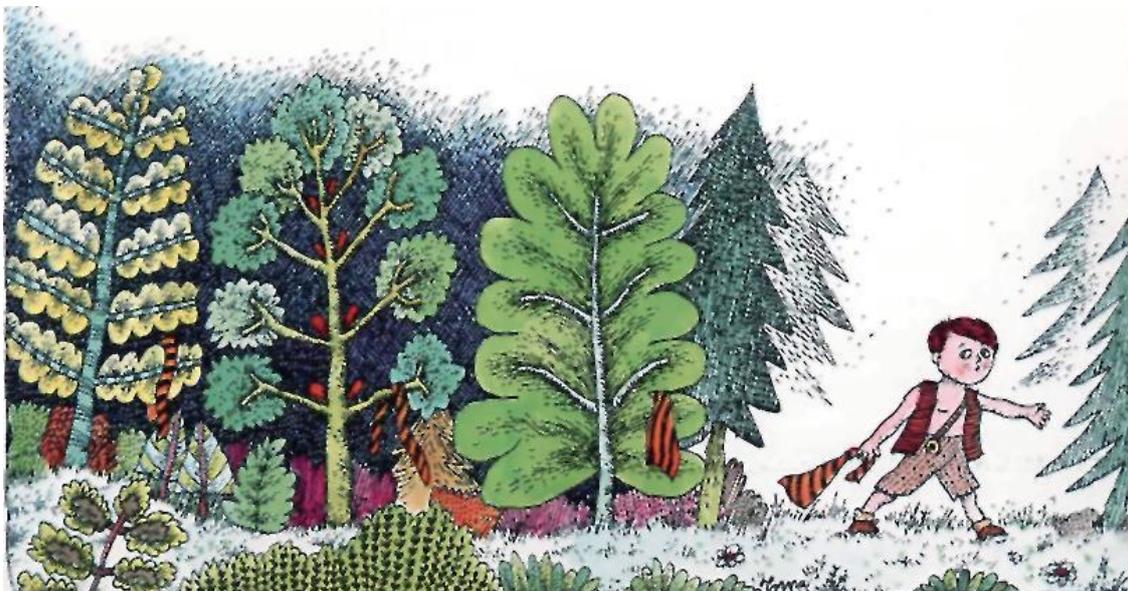
—Fuera, miedo.

Y como las piernas seguían temblando, gritaba:

—¡Fuera, miedo! ¡Fuera de aquí!

Y entonces las piernas seguían temblando, pero solamente por el frío.

Cuando Carasucia consiguió salir del bosque, ya había caído la noche. La luna le iluminó los pasos hasta su casa.



A la mañana siguiente, Carasucia bajó a los huertos. El viejo llevaba en una mano una olla llena de cal líquida y al hombro una escobilla de ramas. El viejo se detuvo y Carasucia le escuchó la respiración dificultosa.

Carasucia contó lo de la piedra.

El viejo le acarició la cabeza, bebió un chorro de vino de la bota de cuero y aceptó acompañar a Carasucia hasta los pantanos del bosque.



Siguiendo la ruta de las tiras de trapo, llegaron a la piedra.

—¿Y? —preguntó Carasucia.

El viejo miraba la piedra mágica, con el ceño fruncido y los ojos entrecerrados. La piedra brillaba como un desafío.

—¡Vamos, rómpela! —dijo Carasucia, tironeándole la ropa.

Pero el viejo no se movía.





El viejo se apoyó contra el tronco de un árbol. Sacó tabaco de una bolsita.

—¡Ah! —dijo Carasucia—. ¡Nos hemos olvidado el martillo! ¿Cómo vas a romper la piedra sin martillo?

Muy de a poquito el viejo iba cargando la pipa, como si ése fuera un trabajo de siglos.

—¿Quieres que vaya a buscar el martillo? —se ofreció Carasucia—. Ya conozco el camino y no me perderé.

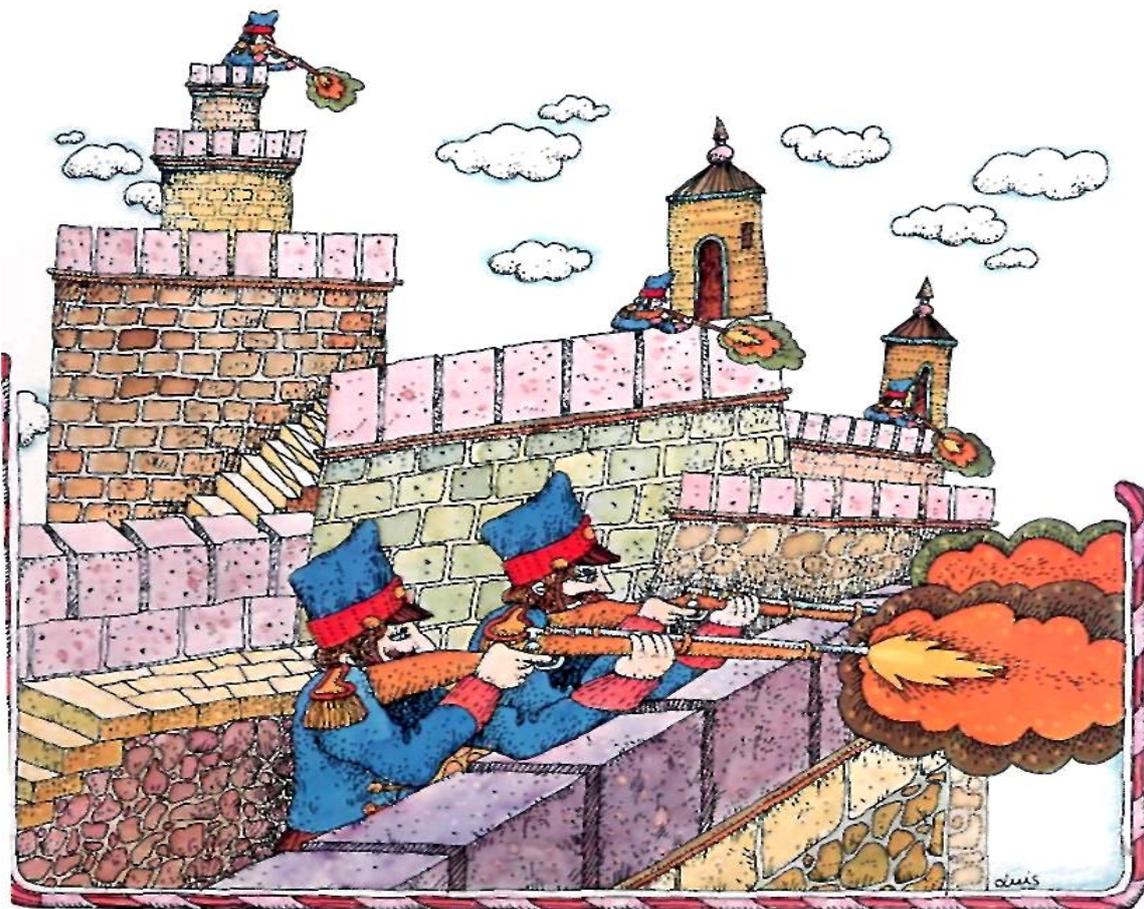
—No —dijo el viejo—. No quiero.

—Pero... ¿No vas a romper la piedra?

El viejo clavó una ramita seca contra la piedra candente. Esperó a que se encendiera y entonces la sopló y arrimó la brasa a la pipa.

—Pero, pero... —Carasucia sintió que las lágrimas le saltaban a los ojos. Estaba furioso y gritó:

—¿Para eso me quemé? ¿Para eso pasé tanto frío y tanto miedo?



El viejo echó una larga bocanada de humo.

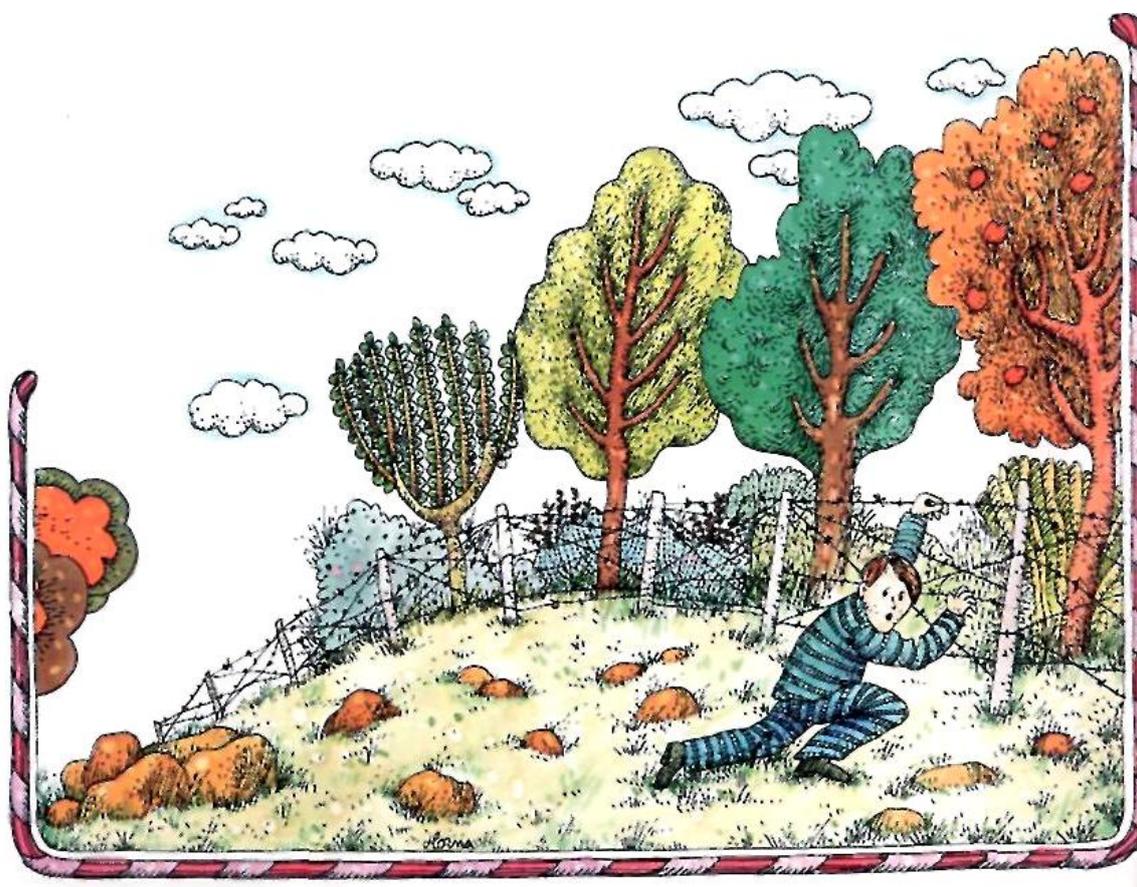
—Ven —dijo.

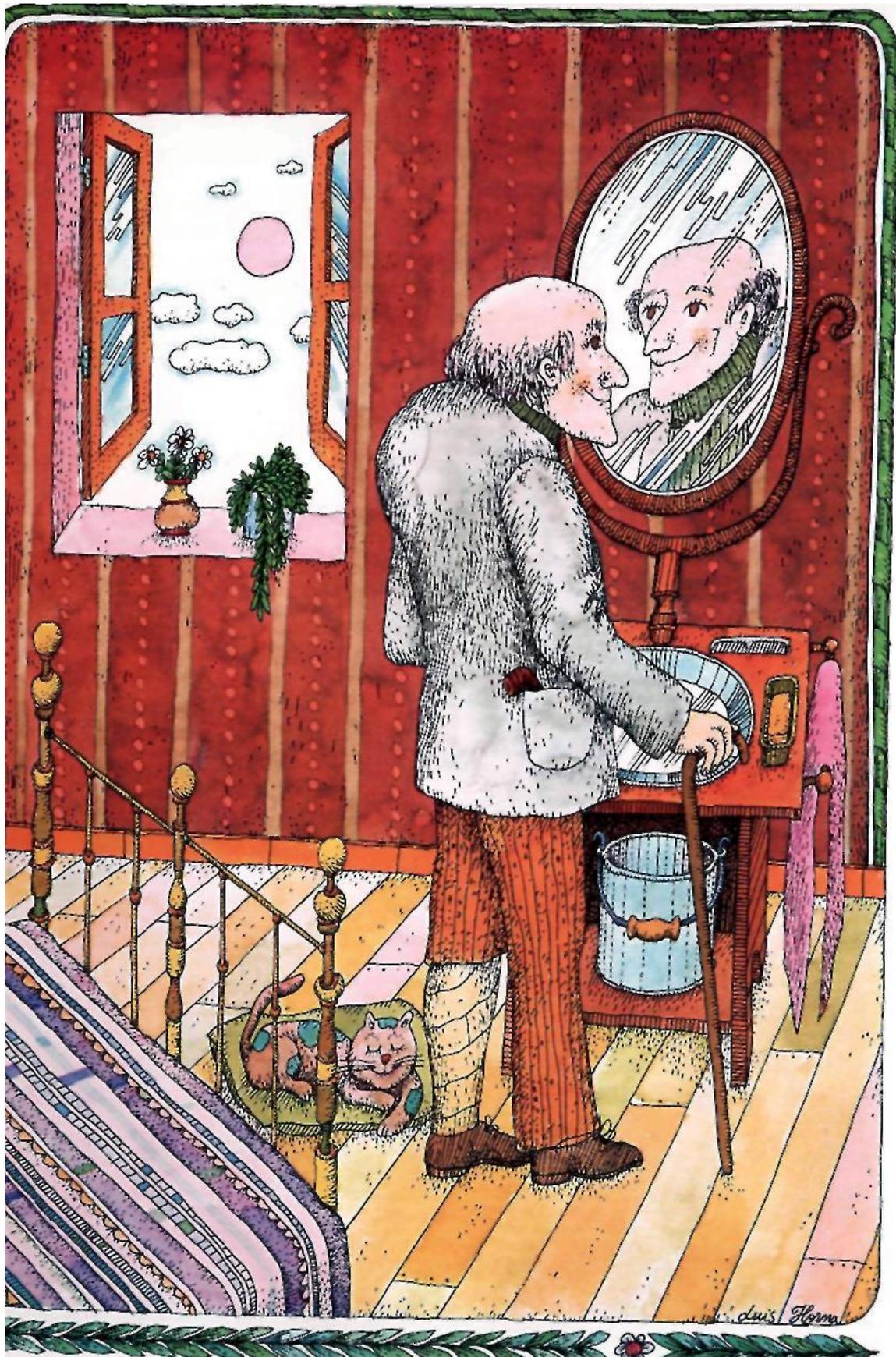
Y apoyó una mano sobre el hombro de Carasucia.

—Yo sé lo que piensas —dijo— y quiero explicarte. Soy viejo, aunque bastante menos viejo de lo que crees, y soy cojo y estoy desfigurado. Yo sé. Pero no me creas tonto, Carasucia. Tonto no soy.

Y por primera vez en tantos años, el viejo dijo su historia.

—Estos dientes no se cayeron solos. Me los arrancaron a golpes. Esta cicatriz que me corta la cara, no viene de un accidente. Los pulmones... La pierna... Rompí esta pierna cuando me escapé de la cárcel, porque era muy alto el muro y había vidrios abajo. Hay otras marcas, también, que no puedes ver. Marcas que tengo en el cuerpo y no solamente en el cuerpo y que nadie puede ver.





Los resplandores de la piedra candente iluminaban los altos pómulos de la cara del viejo y le ponían chispas en los ojos.

—Si parto la piedra, estas marcas se borrarán. Pero estas marcas son mis documentos, ¿comprendes? Mis documentos de identidad. Me miro al espejo y digo: «Ése soy yo», y no siento lástima de mí. Yo luché mucho tiempo. La lucha por la libertad es una lucha de nunca acabar. Ahora hay otros que luchan, allá lejos, como yo he luchado. Mi tierra y mi gente no son libres todavía. ¿Comprendes? Yo no quiero olvidar. No parto la piedra porque sería una traición.

A través del bosque, caminaron de regreso a Pueblo Niebla.

Iban tomados de la mano.

El niño sentía que la mano del viejo era muy calentita.

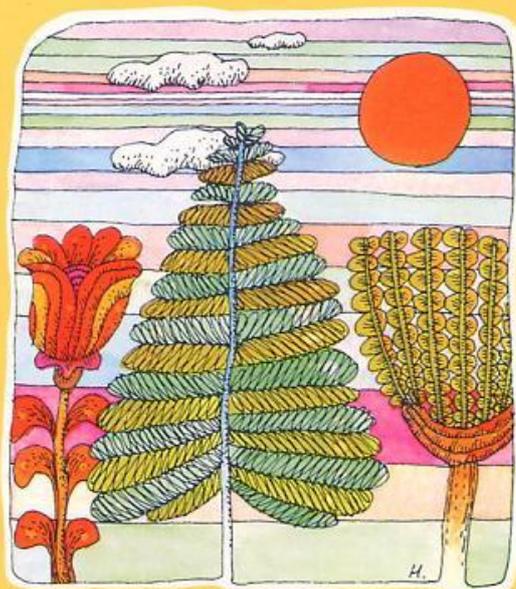


# FIN



EDUARDO GALEANO nació en Montevideo, Uruguay, en 1940. Autor de varios libros, entre ellos «Las venas abiertas de América Latina» y «Días y noches de amor y guerra».

LUIS DE HORNA nació en Salamanca en 1942. Desde 1960 dedica su actividad a la pintura, grabado e ilustración, campo este último en el que obtiene importantes premios.



Premio al Libro de Interés Infantil del Ministerio de Cultura.

ISBN: 84-85334-07-8



9 788485 334070